

# *Enfoque de un plan alternativo de desarrollo para El Salvador*

*Alastair White*

## Resumen

Ponencia leída en el Departamento de Economía de la Universidad de El Salvador, reelaborada posteriormente. Ante los fracasos de los modelos desarrollista y neoliberal, el autor propone una alternativa, fundamentada en la relación del capital intensivo y la población económicamente activa. Se trata de superar el subdesarrollo, modernizar la economía y dar empleo a toda la población. Si el capital estuviera distribuido más equitativamente por trabajador, habría una producción total mayor y más justicia social.

La izquierda, desde el derrumbamiento de los países socialistas, está a la deriva, en cuanto a ofrecer una propuesta de política económica capaz de sacar al país del subdesarrollo y hacer justicia social. Al perder una fe, una fe quizá demasiado ciega, pero al fin de cuentas fe en un modelo socialista, se está volviendo a teorías incluso neoliberales, pero en todo caso desarrollistas, las cuales dejarían la situación más o menos como está en la actualidad, con algunas mejoras para alguna gente, pero sin que ello signifique una salida real para el subdesarrollo.

El subdesarrollo se está profundizando en los

países del sur. Lo que existe no se puede considerar como progreso en ningún sentido, sino como un retroceso de treinta años.

### **El fracaso del modelo desarrollista**

Los pobres se vuelven más pobres y el subdesarrollo se agudiza, con unos niveles de desigualdad cada vez mayores. Entre 1948 y 1989, cuando ARENA llegó al poder del Estado, se implanta la época desarrollista. En ese entonces se pensaba que se contaba con el modelo adecuado para sacar a los países del subdesarrollo. El modelo no era apropiado, pero se pensaba que era nece-

sario transformar los países subdesarrollados en desarrollados. Esto se lograría trasladando las instituciones, la tecnología y el aparato de éstos a aquéllos. De esta manera se pensaba transformar cada uno de los sectores de la economía. No se decía cuándo se superaría el subdesarrollo, pero se creía firmemente que, al final del proceso, se alcanzaría el nivel de los países desarrollados. Esta idea modernizante no produjo los resultados esperados porque la tecnología de los países desarrollados, con una fuerza de trabajo bien pagada y abundancia relativa de capital, no podía reproducirse en los países subdesarrollados, donde predominaban grandes cantidades de capital y se empleaba a poca gente.

En esa época, el subdesarrollo se agudizó porque los no empleados directamente en los procesos productivos modernos, que, dicho sea de paso, era la mayor parte de la población económicamente activa, debió buscar una oportunidad en otros sectores de la economía, ajenos a esta economía de capital intensivo. Por eso, los excluidos se dedicaron a la agricultura, a diversos tipos de producción casera microempresarial y al comercio. Además de concentrarse en gran cantidad en estos sectores, competían entre sí, tenían muy poco capital y un mercado pequeño. Es importante subrayar que para ellos el mercado era reducido, porque para aumentar la productividad no sólo es necesario transferir capital, sino también asegurar un mercado amplio para la producción.

El desarrollismo al menos protegió a una parte de la industria nacional. Se equivocó al proteger sólo a las industrias incipientes, "las infantiles", pensando que la industria moderna se pondría al nivel de la mundial y así podría competir libremente con ella. Este fue el error fundamental del modelo. No era posible que en un país como El Salvador, en pocos años, se desarrollara una industria moderna que pudiera competir con aquellas otras con mucho más capital y operando en una escala mucho mayor en otros países más desarrollados o, en el caso de los productos fabricados con mano de obra barata, que pudiera competir con países cuya mano de obra era aún más barata que la de El Salvador.

### **El modelo neoliberal es peor**

El modelo neoliberal tampoco ofrece una salida. En mi opinión, es peor que el modelo desarrollista. Con frecuencia se pone a Taiwán co-

mo ejemplo de progreso. En este caso y en el de los otros "tigres" del sudeste asiático —Corea del Sur, Hong Kong y Singapur—, el despegue económico fue posible por la aplicación de una política extremadamente autoritaria para controlar el movimiento sindical, para reprimir al trabajador y para mantener los salarios muy bajos, todo ello para poder competir en un mercado donde los precios dependían de una mano de obra barata. Después de dos décadas, el modelo permitió que estos cuatro países pequeños pudiesen entrar en el mercado occidental exitosamente, incluso con productos no tan rudimentarios y no tan basados en una mano de obra barata. Por lo general, el nivel de vida de estos países experimentó una mejora sustancial. Pero esto fue posible, en gran parte, porque estos países tenían algunas ventajas especiales. Algunas de ellas eran culturales —estaban acostumbrados a trabajar duro por razones conocidas por los salvadoreños: mucha población y poca tierra—, pero otras son de carácter geopolítico.

Una ventaja importante era la posición de estos países frente a China, lo cual les permitió gozar exclusivamente de la apertura de los mercados occidentales. Taiwán y Corea del Sur tuvieron otra ventaja adicional, al principio del proceso se hizo una reforma agraria más o menos relacionada con las consecuencias de la segunda guerra mundial. Ni los ricos ni los terratenientes locales mandaban, sino el ejército conquistador, Estados Unidos y China nacionalista, los cuales no estaban vinculadas a la burguesía local de Taiwán. Por eso, la reforma agraria se hizo sin mayores dificultades. En suma, en estos países, la riqueza fue redistribuida.

Con todo, el factor principal es que estos países, por ser los primeros aparte de Japón, pudieron enviar a los países desarrollados tal cantidad de productos manufacturados que se pudo dar empleo, directa o indirectamente, a la mayor parte de la población económicamente activa. De hecho, hubo tanto empleo que se buscaron trabajadores. La situación había cambiado y, en este sentido, era diferente a la de los demás países subdesarrollados, donde por haber poco empleo, el salario es muy bajo. Los salarios subieron a consecuencia de la exportación de productos manufacturados al mercado occidental, aparte de generar empleo para una proporción significativa de la población. Pero esto no es posible para los países subdesarrollados en general. El mercado no es lo suficientemente

grande como para dar trabajo a una proporción significativa de los pobres de los países subdesarrollados.

Existe la posibilidad de que algún otro país, sobre todo si es pequeño y goza de algunas ventajas especiales, se sume a este proceso del sudeste asiático. El caso más sobresaliente es Tailandia, aunque su tamaño es mayor. En Tailandia se produce para los mercados occi-

dentales con una mano de obra barata. En la década de los ochenta, el producto interno bruto del país experimentó un incremento anual del 3.8 por ciento; sin embargo, el nivel de vida de la mayoría de su población no ha mejorado, lo cual se explica por los 58 millones de tailandeses, es decir, el mercado de trabajo está sobrecargado. La oferta de trabajadores, procedentes del campo para la maquila es constante —lo mismo puede decirse de la otra clase de empleos por los cuales Bangkok es tristemente conocida. La sobreabundancia de trabajadores mantiene los salarios en un nivel muy bajo. A aquellos países que intenten seguir este camino, tal como se está insistiendo, les sucederá lo mismo que a Tailandia o India. Las únicas que obtienen beneficios son las compañías multinacionales, las cuales pueden trasladar sus plantas de producción ahí donde los salarios son más bajos y las condiciones predominantes más favorables.

Este es el camino propuesto a la gran mayoría de los países, incluido El Salvador, para salir del subdesarrollo. En la actualidad, se piensa mucho en la inserción en el mercado mundial, incluso la izquierda salvadoreña se encuentra atraída por esta posibilidad. Para no reconocer que tal inserción será a base de salarios bajos, se habla de los productos especiales con los cuales El Salvador obtendría ventajas comparativas. La verdad es que el mercado no es tan amplio como parece, ciertamente, no para lo que se propone; no hay tantos productos especiales como para dar trabajo a los dos millones de salvadoreños y salvadoreñas subcapitalizados.

### **Subcapitalizados y sobrecapitalizados**

“Subcapitalizados” y no “desempleados y subempleados” o “integrantes del sector informal”, porque la división crítica entre sectores se debe

concebir en términos de uno sobrecapitalizado y otro subcapitalizado. La división entre empleados y desempleados no se aplica al tercer mundo. Es una categoría que proviene de los países ricos, donde la minoría de desempleados recibe algún tipo de ayuda estatal y no tiene que buscar medios para sobrevivir. La adaptación de la categoría “subempleados”, que en los países ricos se refiere a quien trabaja menos de una determinada cantidad de

horas a la semana y a quien recibe menos del salario mínimo legal, confunde totalmente los conceptos.

En cambio, la distinción entre el sector “formal” y el “informal” se concibió en el tercer mundo —en Ghana— y refleja mejor la realidad, pero enfatiza un aspecto legal, donde la diferencia económica no es el factor más importante de la división entre los dos sectores polarizados —lo cual se observa claramente cuando se distingue entre la agricultura formal e informal.

La diferencia clave es el monto de capital invertido por persona empleada, el cual en uno de los sectores es muy grande y en el otro muy pequeño. Si el capital estuviera distribuido más equitativamente por trabajador, habría una producción total mayor y más justicia social. Por eso, se habla de un sector subcapitalizado y de otro sobrecapitalizado.

La dicotomía entre estos dos sectores no es total, sino que comprende una gama de actividades que arranca desde las más sobrecapitalizadas, en las cuales se utilizan millones de colones por empleo creado, hasta las más subcapitalizadas. El problema está en que se tiende a la creación de dos polos, en lugar de generar una curva normal, centrada en una razón media de capital por trabajador. Por lo tanto, la mayoría de los salvadoreños tiene que trabajar con cantidades mínimas de capital.

Aquí no se habla de la distribución de la riqueza en sí misma, sino de la distribución del capital por puesto de trabajo. Algunos obreros trabajan en industrias sobrecapitalizadas, pero sin que éstos los beneficie. En la época desarrollista, en estas fábricas se pagaba un salario mayor. Parte del concepto de modernización implicaba salarios más elevados en el llamado sector moderno de la economía. Pero con el derrumbamiento del modelo desa-

El mercado no es lo suficientemente grande como para dar trabajo a una proporción significativa de los pobres...

rollista, esto se terminó, es decir, los obreros, aunque trabajen con mucho capital, ya no reciben salarios por encima de los dictados por el mercado de trabajo y, puesto que existe una sobre oferta de trabajadores en dicho mercado, se pagan salarios más bajos.

Esto se refleja también en el descenso del valor real del salario mínimo. La concepción general del salario mínimo es algo errónea. En la época desarrollista, el salario mínimo reflejaba el esfuerzo del Estado por modernizar y crear condiciones mejores para los trabajadores del sector moderno. La idea era trasladar a todos los trabajadores a este sector al cabo del proceso de transformación. El salario mínimo estaba por encima del salario del mercado —el cual no se pagaba en el sector informal. En la actualidad las cosas son distintas. El modelo imperante se basa en la competitividad internacional con costos y salarios especialmente bajos. El valor real del salario mínimo ha descendido así como también su valor en relación con el mercado de trabajo. Las diferencias entre el sector formal e informal están desapareciendo, por lo menos en cuanto a los salarios y las condiciones.

### **La solución propuesta: tecnología intermedia protegida**

Es claro que se debe buscar otra política de desarrollo. No se llegará a ninguna parte adoptando aspectos aislados de la política desarrollista o, peor aún, de la neoliberal. No se puede pensar en un desarrollo real por medio de la inserción en el mercado mundial a base de vender los productos a precios bajos, porque los salarios son igualmente bajos. Esta es la visión de la derecha. Para hacer justicia social y sacar al país del subdesarrollo hay que crear empleo en una escala masiva. Inevitablemente, esto influenciará el mercado de trabajo, el cual subirá de modo natural. No se trata de decretar salarios mínimos más altos, sino de influir en el mercado de trabajo de manera que el empresario tenga que buscar al trabajador, ofreciéndole un salario más elevado.

¿Cómo se puede crear empleo en una escala masiva? Tienen que ser plazas productivas; de lo contrario, se cae en el subsidio y entonces el dinero del Estado se pierde sin ser suficientemente

productivo. La política de subsidios es lo que, en mi opinión, llevó a los sandinistas a la derrota, en Nicaragua. La creación masiva de empleo productivo se puede conseguir con tecnología intermedia, protegida con tarifas. La política económica de un

gobierno de izquierda debe tener como punto clave asegurar que todos, incluso los campesinos, tengan capital con el cual trabajar. Por eso, lo más importante es buscar o desarrollar una tecnología

relacionada con el capital invertido por trabajador, de tal manera que facilite esa cantidad de capital a todos los trabajadores.

El cálculo se puede hacer a partir del valor del capital en el país, el cual se divide entre el total de la fuerza de trabajo. Por consiguiente, se debe crear empleo según el nivel de capitalización arrojado por la relación anterior y no a otro mayor. Es decir, habría que impedir que el capital se gaste en unas pocas plazas, dejando a la gran masa sin capital, tal como sucede en la actualidad. No sólo se sustrae el capital, sino también el mercado, puesto que los procesos de capital intensivo también reducen el mercado a los pequeños productores micro empresariales.

Operativamente, el cálculo se puede hacer a partir de la cantidad del ahorro interno anual, es decir, de la suma teóricamente disponible para la inversión, sin contar con los recursos externos. Se puede estimar que el ahorro interno representa, más o menos, una séptima parte del producto interno bruto. En consecuencia y en promedio, un ciclo de inversión se completaría en siete años.

A partir de los 900 millones de dólares para invertir anualmente de los cuales El Salvador dispone, o con los 6,300 millones de dólares en siete años<sup>1</sup>, se tendría que dar empleo a los aproximadamente 1.5 millones de salvadoreños y salvadoreñas, quienes en la actualidad se encuentran subcapitalizados. Las cifras oficiales sólo muestran un millón de subempleados, pero muchos de quienes tienen empleo trabajan con poco capital. A esto hay que agregar 75 mil mujeres, cuyo trabajo es invisible, pues no figuran entre la población económicamente activa —la mitad de ellas se puede considerar que trabaja subcapitalizadamente. Por lo tanto, al dividir los 900 millones de dólares entre los 1.5 millones de trabajadores, re-

Si el capital estuviera distribuido más equitativamente por trabajador, habría una producción total mayor y más justicia social.

sulta que la capitalización por persona, necesaria para emplear a todos en un año con una tecnología quizás demasiado simple, asciende a 600 dólares, o sea, 4,200 dólares en siete años.

Se puede asumir que alrededor del 15 por ciento del producto interno bruto de cada año debiera estar disponible para la inversión —las ganancias menos el consumo de los capitalistas—, lo cual arrojaría 900 millones de dólares. Ciertamente, existe renuencia a reinvertir. Los capitalistas salvadoreños gastan consumiendo desmedidamente, pero prestan poco para invertir. El valor de las importaciones de bienes de capital en 1991 ascendió a 323,300,000 dólares.

Ahora bien, este cálculo no distingue entre la parte de la inversión destinada a la maquinaria y la parte dedicada a la construcción y otros. Por eso, sería más apropiado tomar como base el valor de las importaciones actuales de bienes de capital, es decir, los 323,300,000 dólares de 1991. Al dividir dicha cantidad entre siete (los años que el proceso necesita) por los 1.5 millones de subcapitalizados, resultan 1,509 dólares. Por lo tanto, la propuesta consiste en buscar y fomentar tecnología en todos los campos de actividad a razón de 1,500 dólares o, a lo sumo, 4,200 dólares por trabajador empleado, desincentivando las tecnologías de capital más intensivo.

No se debe considerar que en todos los campos de actividad el coeficiente —entre el capital y la mano de obra— de la tecnología a emplear es fijo. Casi siempre se pueden diseñar técnicas diferentes que arrojan el mismo resultado, en términos de la funcionalidad del producto —y en términos de las ganancias. La tesis es que si un empresario, considerando sus intereses en la situación actual, opta por un proceso de capital intensivo, ello no quiere decir que su opción sea necesariamente la más rentable, si se toman en cuenta otras alternativas desarrolladas a partir del avance mundial de la tecnología. Por su lado, el empresario tiende a usar la tecnología más moderna disponible, muchas veces diseñada pensando en las condiciones de los países ricos, para ahorrar mano de obra.

En varias esferas productivas se pueden desarrollar tecnologías igualmente rentables a las que el empresario tiene acceso en la actualidad para desarrollar el mismo proceso productivo, pero tales tecnologías usan entre 1,500 y 4,200 dólares, en términos del costo de los bienes de capital por



trabajador a emplear en un turno. Ahora bien, al contrario de quienes defienden el uso de tecnología intermedia, la propuesta no descansa sobre la mayor rentabilidad de cada técnica específica. Si la rentabilidad de una técnica intermedia no es mayor —excluyendo el caso en el cual resulte inferior—, el interés social puede estimular su utilización. El empresario se beneficiará si su dinero se queda en el país y amplía la demanda total, pues aunque no gane tanto por cada artículo vendido, terminará ganando más porque venderá más. Esto es posible sólo si la política económica del gobierno asegura que todos procedan de la misma manera, o sea, si todos usan tecnología intermedia.

Pero esto no será posible si se permite la competencia de productos hechos en escala mayor y con costos más bajos, ya sea que dichos artículos hayan sido importados o fabricados en el país, pero siempre utilizando equipo con capital intensivo. Habría que proteger en el mercado a quienes usen tecnología intermedia, imponiendo una *tarifa general* a las importaciones. Se trata de producir en El Salvador lo que los salvadoreños consumen en escala masiva. No se trata de buscar la autarquía, sino de que sean los salvadoreños quienes produzcan la mayoría de los productos que consumen. La protección vendrá dada por una tarifa general y no por tarifas especiales, tal como se practicó en el pasado, en la época desarrollista. Se deben evitar varios de los errores cometidos en ese entonces, incluso el tener una moneda sobrevaluada que únicamente incentiva la importación y desincentiva la exportación. El libre cambio de las divisas debe mantenerse.

Esta política arancelaria tendrá el doble efecto de proteger la producción interna y dotar al Estado de recursos para desarrollar técnicas intermedias. La tarifa se debe establecer en aquel nivel donde

el Estado recaude el ingreso mayor. Una tarifa más baja no conseguiría los efectos positivos deseados o los obtendría sólo en un grado menor. Por el otro lado, una tarifa más alta no sólo disminuiría las posibilidades del Estado para ayudar a desarrollar las técnicas requeridas, sino que, además, afectaría la conservación de los procesos actuales de producción, dificultando la importación de las materias primas no reemplazables con producción nacional y los repuestos para la maquinaria. En estos términos, el modelo no funcionaría. Así como no se busca la autarquía, tampoco se trata de volver a procesos de producción obsoletos, sino de usar procesos nuevos apropiados a las condiciones del país. La tarifa, indudablemente, debe ser alta, pero no prohibitiva. Con esta tarifa general, la industria local podrá aprovechar la protección y en el mercado se encontrarán los incentivos necesarios para identificar aquellos artículos que pueden competir con las importaciones.

La segunda parte de la propuesta consiste en imponer una tarifa especial adicional a los bienes de capital intensivo. Esta tarifa será progresivamente más alta, según el grado de capital intensidad, es decir, la relación capital-trabajo, implicada en el uso de estos bienes de capital. Si se importa maquinaria que se combina con mano de obra, se pagará el costo social. Este último representará el costo por no haber empleado trabajadores nacionales, quienes a su vez habrían gastado sus salarios en el mercado nacional. Esta tarifa especial se empezará a pagar cuando la relación capital-trabajo en el uso de la maquinaria importada sea superior (en capital intensidad) a los 4,200 dólares por trabajador —directamente empleado por la maquinaria— que, tal como hemos visto, es la relación apropiada, porque puede dar empleo a toda la población económicamente activa, durante un ciclo de inversión.

Por la maquinaria más intensiva en capital se pagará un monto alto, quizás el cien por ciento (el costo de la maquinaria) menos los 4,200 dólares por cada trabajador requerido directamente por la maquinaria, en cada turno. De esta manera, la importación de esta clase de maquinaria se desincentivará y se favorecerá el uso de técnicas apropiadas. Sin embargo, se permitirá importar esta cla-

se de maquinaria cuando sea demasiado caro desarrollar otra técnica, únicamente disponible en el mercado internacional. Por lo tanto, quien use técnicas intensivas en capital pagará el costo social —y el gobierno podrá usar el dinero recaudado para crear otro empleo productivo o para fines sociales.

No se trata de buscar la autarquía, sino de que sean los salvadoreños quienes produzcan la mayoría de los productos que consumen.

De esta manera, se incentivará el desarrollo de una industria nacional de bienes de capital. Obviamente, habrá que ase-

gurar que dicha industria también produzca maquinaria apropiada, en términos de la relación capital-trabajo, en particular para evitar la importación de partes terminadas o semiterminadas que pueden ser utilizadas para construir maquinaria capital intensiva en el país. En este sentido, tal vez sea apropiado contar con un reglamento que limite los bienes de capital en cuanto al capital intensidad en uso, en la producción nacional. Así, por ejemplo, el precio de venta no podrá ser superior a 5 ó 7 mil dólares por trabajador necesario en su uso.

El ingreso generado a partir de la aplicación de las dos tarifas, la general y la especial adicional, el Estado lo puede destinar para financiar aquellas instituciones dedicadas a desarrollar tecnología intermedia, con científicos nacionales e incluso también extranjeros. La tarea de estas instituciones consistirá en desarrollar una tecnología adecuada a las condiciones del país. Se trata de diseñar procesos de producción para bienes que, con la protección arancelaria propuesta, tendrían aceptación en el mercado, reemplazando así las importaciones. Quizás estos productos no tengan el mismo acabado o la misma presentación, y claro está nunca tendrían la misma marca de fábrica, pero llenarían las mismas funciones utilitarias.

#### **Relación del modelo propuesto con otros ya conocidos**

El modelo propuesto tiene como punto de partida los existentes en la actualidad o en el pasado en Japón y China. El auge de Japón se fundamentó en la aplicación de políticas proteccionistas durante toda su historia moderna, es decir, desde la segunda mitad del siglo pasado —desde el final de su aislamiento en 1854 y del feudalismo en 1868— y, en particular, desde las décadas recientes, posteriores a su derrota en la segunda guerra

mundial. Es cierto que Japón aprovechó una circunstancia extraordinaria, puesto que los otros países le permitieron mantener su política proteccionista sin reaccionar con una política similar para proteger sus propios mercados de la penetración japonesa.

Una de las cosas que más llama la atención cuando se recomiendan políticas para los países del tercer mundo subdesarrollado —Japón es el único país que ha salido de ese estado— es el consenso implícito para olvidar la política proteccionista que permitió a Japón salir adelante. Se recomienda imitar a Japón en todos los otros aspectos, pero no se menciona el proteccionismo que, en mi opinión, es decisivo.

Es cierto que Japón no ha tenido una política explícita de tecnología intermedia, en términos de la relación capital-trabajo. Las políticas eficaces de Japón fueron las siguientes: protección para la producción agrícola, sobre todo para el arroz, lo cual junto con una reforma agraria, transmitió los beneficios del desarrollo industrial a los campesinos por medio del precio elevado de los alimentos; la relación especial entre la fábrica grande y formal, que garantiza el empleo permanente, y el pequeño taller que le proporciona las partes, muchas veces usando una tecnología más simple; una política tecnológica orientada a imitar la tecnología cuyo uso ya es por lo general masivo internacionalmente, pero adquiriendo sólo el modelo de la maquinaria (lo cual le permitió desarrollar su propia industria de bienes de capital). Al principio imitaron métodos relativamente simples, hasta que la industria japonesa adquirió conocimientos mayores. Además de la ventaja señalada que encontró en el mercado mundial, el cual se abrió a pesar del proteccionismo doméstico, Japón pudo dar empleo a toda su fuerza laboral. Por eso no necesitó de una política de tecnología intermedia, pero otros países la necesitan, porque no cuentan con las mismas ventajas.

China, en la época de Mao-Tse-Tung (1948-1976), adoptó la política tecnológica de “andar sobre las dos piernas”, es decir, por un lado, desarrolló la industria pesada, en la cual invirtió la mayor parte del capital estatal, y por el otro lado, incentivó y protegió la industria liviana, desarrollada por iniciativa local (municipal y comunal) con sus propios recursos y con tecnología intensiva de mano de obra, dado que tenían mucha gente y poco capital. La política comercial internacional,



manejada directamente por el Estado, consistía en exportar lo que se podía y en usar las divisas obtenidas principalmente para adquirir bienes de capital en la industria pesada, a la cual se dio prioridad, además de desarrollarla con el esfuerzo propio. En mi opinión, la brecha entre las dos piernas era demasiado grande. Si China hubiera dedicado más recursos a la industria liviana local, ésta no habría tenido que trabajar casi con las uñas y la producción total habría sido mucho mayor. Pero Mao seguía un dogma equivocado de Marx, según el cual los recursos invertidos en la industria pesada se multiplican más.

Este error influyó mucho en la caída de los países socialistas, o, al menos, la explica en buena medida. La ausencia de democracia electoral impidió al pueblo reconocer que sus intereses estaban mejor servidos con una economía socialista planificada. No lo reconoció, en parte, porque para conseguir un desarrollo rápido es necesario invertir una proporción mayor de recursos en relación a las economías capitalistas, lo cual implica una restricción temporal del consumo. Esto está íntimamente relacionado al error de pensar que el desarrollo viene sólo o primordialmente de la acumulación de capital y de la inversión en la industria pesada (el departamento A, producción de bienes de capital, en la teoría de Marx).

En realidad, la inversión no es el único móvil del desarrollo. La mejora tecnológica es más importante y no siempre es resultado de la inversión en la investigación y el desarrollo. Es muy importante, por ejemplo, que quienes participan en los procesos de producción puedan hacer mejoras que no requieran de mucha inversión —innovaciones pequeñas. Es decir, la existencia de incentivos para hacer pequeñas invenciones y micro invenciones y aplicarlas es importante para el progreso.

Esto es más fácil si la tecnología está al alcance de quienes trabajan con ella; es más difícil o incluso imposible si viene de fuera y lo único que se espera de los trabajadores es que sigan las instrucciones al utilizarla. Por esto y para asegurar el uso máximo, evitando la negligencia en la utilización de la maquinaria —resultado de la misma falta de incentivos y fundamentalmente de la misma creencia de que únicamente importa la inversión y no el uso correcto de los bienes de capital adquiridos—, una economía socialista debe contar con un mercado interno bastante libre. El modelo típico es el de Tito, en la tristemente desaparecida Yugoslavia.

A estas alturas de la discusión, cabe sugerir a la izquierda salvadoreña una política cuyo contexto sea un mercado interno con libertad de precios —no se trata de controlar la actuación de los empresarios, tal como se hizo en Nicaragua, y menos aún de nacionalizar sus empresas. La política arancelaria expuesta arriba los inducirá, en todas las escalas de la producción, a adoptar las técnicas necesarias para dar trabajo a todos los salvadoreños y salvadoreñas, elevando al mismo tiempo el salario en el mercado de trabajo. Las cooperativas y los grupos solidarios de trabajadores deben tener acceso fácil al crédito para conformar nuevas empresas a partir del uso de las técnicas desarrolladas en los institutos de tecnología intermedia que se crearán. Los pequeños agricultores y los micro empresarios también deben acceder al crédito, aunque el crecimiento de estos sectores será resultado del incremento de la demanda de sus productos y servicios, consecuencia de un empleo mayor. En el sector informal circulará más dinero, se trabajará con más intensidad y habrán ganancias ma-



Se trata de un modelo de progreso tecnológico para todos.

yores. El auge del sector informal se producirá desde el momento en que se comience a aplicar la nueva política, pero al final, en el séptimo año, muchos de sus integrantes y de los del agrícola subempleado habrán sido reabsorbidos por los empleos creados con la tecnología intermedia, abandonando la actividad subcapitalizada.

Si cada año se invierte alrededor del 15 por ciento del producto interno bruto, al cabo de siete años, se habrá invertido bastante como para renovar de manera importante los bienes de capital, pasando a una tecnología apropiada a las condiciones del país. De esta forma se habrá podido dar empleo decente a todos. La siguiente etapa consistirá en pasar a una tecnología algo más elevada, en términos de la relación capital-trabajo, y así sucesivamente, en los siguientes ciclos de inversión; ahora bien, en cada una de las etapas de desarrollo de la tecnología nueva deberá participar toda la fuerza de trabajo. Se trata de un modelo de progreso tecnológico para todos.

Así, en un ciclo de inversión, en el cual se invierte en procesos de tecnología intermedia, se puede dar trabajo, en dicho nivel tecnológico, a todos los que en la actualidad se encuentran subcapitalizados. Entonces se podrá pasar a otro nivel, invirtiendo más capital por trabajador, puesto que el ahorro lo permite. De esta manera, la tecnología se mejora para todos y no como en el modelo desarrollista, donde se “mejoraba” colocando una máquina capital intensiva, pero que desplazaba a mucha gente, la cual tenía que trabajar sin ningún capital. En lugar de dos niveles completamente distintos, se mejora de abajo hacia arriba; pero siempre se trata de una política para mejorar la tecnología y, en ese sentido, de modernización.

Nada de esto implica que las técnicas utilizadas sean las del pasado. Se trata, dentro del desarrollo de las técnicas intermedias, de poner ideas modernas con tal que éstas no impliquen usar demasiado capital por persona. Las técnicas “de punta” que no utilizan mucho capital por trabajador pueden formar parte de este proceso.

La base de este modelo es que no es cierto que las técnicas estén dadas o que los coeficientes sean fijos, es decir, que en cada rama de la producción



haya ciertas técnicas, en cuyo caso se tiende a pensar en las de más capital intensivo, en las más modernas, en las más productivas y en las más rentables, en un momento dado. Se pueden desarrollar—inventar, si se quiere— otras técnicas con una rentabilidad similar a la de aquéllas. Es decir, para la mayor parte de los procesos industriales se pueden desarrollar técnicas de capital menos intensivo, que no implican menos rentabilidad en el uso del capital. Claro está, habrá excepciones. En algunas ramas de actividad, en la producción de electricidad, por ejemplo, hay que usar técnicas de capital intensivo. No se trata de impedirlo o de imponer una tarifa prohibitiva, sino alta, únicamente para cubrir el costo social generado. El importador tendrá que pagar el costo social por no utilizar su capital para emplear a quienes no tienen trabajo o están subcapitalizados en su empleo actual. Se utiliza el mercado, sin prohibir nada, pero se asegura que todos tengan trabajo y poder adquisitivo y, por lo tanto, el auge de toda la economía del país, del cual todos se beneficiarán, incluidos los mismos empresarios.

Esta política podría ayudar a salir del subdesarrollo en un tiempo bastante corto y mejoraría la situación de los pobres. La política para el campo forma parte de la propuesta anterior. La tesis central propone transferir capital de los procesos capital intensivo a aquellos que en la actualidad no gozan de mucho capital, entre los cuales se encuentra la producción campesina. Los campesinos están entre los subcapitalizados.

El Salvador es un país pequeño con muchos campesinos. Demasiada gente en muy poco espacio como para impulsar un desarrollo mayoritariamente agrícola. Por lo tanto, no se puede impulsar una política de desarrollo que enfatice el campo. La existencia de poca tierra cultivable en relación con el número de salvadoreños obliga a absorber a la fuerza de trabajo en procesos manufactureros,

creando empleos. De esta forma, la presión sobre la tierra cultivable disminuirá considerablemente. Pero la modernización tecnológica comprende también el campo. En la medida en que se utilice más población en los procesos manufactureros, ésta abandonará el campo para ganar más en la manufactura, lo cual, a su vez, hará posible la tecnificación del campo.

El proceso de modernización debe ser concebido de manera integral y no alternativo. No se debe plantear en términos de fabricar manufacturas o producción agrícola. Hay que modernizar la agricultura también, invirtiendo en los procesos de producción campesina, al mismo tiempo que en los procesos manufactureros. De esta forma, los campesinos producirán los alimentos que los obreros necesitan y éstos tendrán poder para adquirir más alimentos, producidos por aquéllos.

#### Nota

1. Según las cuentas nacionales de 1991, publicadas por el Banco Central de Reserva, la formación de capital fijo ascendía a 6,434,700 de colones a precios corrientes, o sea, alrededor de 800 millones de dólares. Desde el fin de la guerra la economía ha crecido a un ritmo del 5 por ciento anual aproximadamente, y ha habido repatriación de capital. Así que el capital disponible de fuentes nacionales debe girar alrededor de los 900 millones de dólares. Por otro lado, el PIB para 1991, según la misma fuente fue de 47,792 millones de colones o aproximadamente 6,000 millones de dólares. Podemos asumir que alrededor del 15 por ciento del PIB de cada año debería estar disponible para invertir (las ganancias menos el consumo de los capitales), lo que daría una cantidad de 900 millones de dólares. Claro, existe renuencia a reinvertir: los capitales salvadoreños prestan sus ganancias para un consumo demedido, mientras que la inversión es relativamente poca. El valor de las importaciones de bienes de capital para 1991 asciende a 323,300,000.